BLANCO SOBRE NEGRO

Óscar L. Figueruelo

BLANCO SOBRE NEGRO

Óscar L. Figueruelo

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, diciembre de 2021
© Óscar L. Figueruelo 2021

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18844-65-2
IBIC: FH

A aquellos que ya no están
y que nos dejaron demasiado pronto.

I

El cartero casi todas las mañanas pasa de largo, ni siquiera entrando en la calle. Con paso firme y la determinación necesaria para realizar sus entregas en el tiempo estipulado, sabe a dónde dirigir cada uno de sus pasos nada más salir de la oficina de reparto.

Ese día, con el mismo paso firme y decidido, entra y sale de Renacer. Deja tres o cuatro cartas. Una de ellas es para Roberto: de sus padres. Ni original ni elaborada, y en ella se decía lo que se suele decir en todas las cartas. Eso no le gustaba. No le gusta que antes de abrirla ya supiera lo que ponía en ella. Llevaba cinco meses sin verlos y en ese tiempo no les había ocurrido nada menos vulgar que contar. Su hermana, simplemente, le mandaba «un beso muy fuerte».

Le comentó a África que tenía el fin de semana libre y que iría a verlos. Ella le contestó diciéndole que creía que ya era hora. Él le respondió con otra pregunta llena de ironía:

—¿Tú crees?

—Ni siquiera fuiste por Navidad.

—Se me necesitaba aquí.

—Eso también es verdad. ¿No tienes ganas de ir?

—No muchas. Y la verdad es que necesito salir de aquí. Al menos un par de días. Necesito pensar. Airearme.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Aprovecha!

A sus padres los iba a ver como el que va a ver una exposición de pintura por segunda vez: el hecho de haberla visto no la hace más tuya. Y si no le sacaste jugo ni la comprendiste, será difícil que ahora lo hagas.

—¿Cuánto tardas en el viaje?

—Unas tres horas. Tómate el café o se te enfriará. —África aún le daba vueltas con la cucharilla.

—¿Realmente te gusta esto?

—Siempre me gustaron las causas perdidas.

—¿Crees que somos una causa perdida? —le vuelve a preguntar con tono de reproche.

—Me gustaría no creerlo, pero realmente lo sois. No a nivel individual, no concretamente vosotras, sino este tipo de centros. No creo que el Estado siga mucho tiempo invirtiendo el dinero de otros en cosas como esta.

—Se supone que el Estado está precisamente para eso, para minimizar las injusticias sociales, contrarrestar las diferencias y ayudar a quien lo necesite.

—Eso es lo que se supone, pero los que aportan el *money* no lo ven así. Cuando tengan que votar lo harán a quien gasta el dinero de sus impuestos a su gusto. De hecho, las diferencias e injusticias sociales cada vez son mayores. Van en aumento. Cada vez más —gesticula con manos y hombros en un signo de incomprensión.

—Eso es verdad —asintió ella resignada.

A la cafetera le sobraba mucho espacio en la estantería central. De hecho, junto con la vajilla y el molinillo de café era la única habitante. Debajo de la barra había una cámara con unas cuantas cervezas y unos cuantos refrescos. A su lado, un viejo fregadero. En las estanterías laterales no había botellas, sino juegos de mesa: ajedrez, damas, parchís, oca y unas barajas de cartas. La cafetería se abría cada día por las tardes un rato, y después de cenar otro, pero solo los fines de semana. Tres internos estaban a su cargo. Las mañanas eran empleadas en otras muchas tareas. Mesas y sillas, sillas y mesas, eran el único mobiliario que había.

Junto a estas, decoraban el local plantas, fotos, cuadros, esculturas de madera y estatuas de escayola. Todo ello le daba un aire acogedor.

En Renacer, por desgracia, ningún paciente tenía dinero, o apenas. Ese era su denominador común. Nadie tenía familia que se lo mandase o que los fuera a ver. Simplemente tenían a sus compañeros, a los monitores o a las personas que allí trabajan.

***

Pasados cuatro días, Miguel acercó a su colega laboral a la estación. Se le ofreció y no le negó su ayuda. No le daba pereza arrancar y conducir su Ford Escord RS tres puertas turbo de color rojo, cada vez que se le presentaba la ocasión. O sin presentársele. Los casi cien mil kilómetros que le había hecho en poco más de cinco años daban buena fe de ello. Y ya le había escuchado en alguna ocasión lo de cambiarlo, pero que ahora otros planes se lo impedían.

Paró el coche en doble fila. Miguel no se bajó ni paró el motor. Estuvo detenido lo justo para que Roberto se bajara, macuto en mano. Sin más dilación por falta de tiempo, se dirigió a las taquillas a por el billete. No había apenas gente haciendo cola y pronto tuvo el papel en sus manos. Treinta minutos y dos cigarros después, estaba sentado mirando a través de la ventanilla cómo el tren se ponía en marcha. Era nuevo, de los comprados dos años atrás para los distintos faustos y eventos del quinto centenario, y mover gente de acá para allá por media geografía, demostrando al mundo que habíamos dejado de ser el norte de África para convertirnos en el sur de Europa. Era de las pocas mejoras permanentes que quedaron tras bajar el telón y apagar las luces allá por un mes de octubre de mil novecientos noventa y dos. Era cómodo, rápido y silencioso, haciendo del trayecto casi un paseo entre nubes de algodón.

Miraba por la ventanilla sumido en sus pensamientos y recuerdos. Unas veces en los unos y otras en los otros. No siempre el paisaje se filtraba a través de su retina para llegar a su cerebro. Cuando alzaba la

vista y miraba a lo lejos, pasaban sus recuerdos lentamente, los veía con claridad, con nitidez. Eran los cercanos, los de los últimos meses. Cuando la bajaba y el paisaje se distorsionaba, a sus recuerdos le pasaba lo mismo. Eran los de antes, los antiguos, los que iba dejando atrás, de los que se alejaba. Los recuerdos de una vida que comenzaba a resultarle ajena.

No tardó mucho en hacerse de noche, y en reflejar el cristal su cara. No quería verse. No le apetecía. Cerró los ojos e intentó descansar, en vano. Su mente permanecía activa, solo interrumpida por la entrada y posterior parada en alguna estación, por la megafonía, por algún cambio de viajeras en los asientos anteriores al suyo o por las luces que, en determinados momentos, rompían la oscuridad que ya reinaba en el exterior.

El viaje se le hizo corto, demasiado corto. De lo visto a través de la ventanilla recordaba poco. Sus ojos miraron en aquella dirección, pero apenas vieron nada. Su mente permaneció puesta en otros lugares. La estación no quedaba lejos de su casa. En las ciudades pequeñas nada queda lejos de nada. Esa era una de sus ventajas. Fue andando. Llegó y enfocó su calle. Se detuvo. La miró detenidamente. Por aquellas aceras había crecido haciéndose un hombre. Pero se encontraba raro. Lo que más le extrañó fue sentirse extranjero en su propia casa. Su pasado ya no estaba: se había esfumado.

Alguien había dejado entreabierta la puerta del portal. Alguien que bajó a tirar la basura y pasear el perro, o quien salió con la cabeza puesta en la noche de fiesta que le esperaba. Salió del ascensor y al filo de las diez de la noche tocó al timbre. La puerta se abrió enseguida, como si lo estuvieran esperando tras ella a pesar de que no había avisado de su visita. Delante de él, su padre. Se abrazaron efusivamente dándose unas cuantas palmadas cariñosas en las espaldas. Su madre se puso loca de contenta y lo comió a besos. Esta no era la primera vez que salía de casa, pero sí parecía la definitiva. Además, nunca había estado tanto tiempo seguido fuera. Ni en la mili.

Ya habían cenado, pero para alguien que conoce y controla cada rincón de la cocina, cada centímetro cúbico de la nevera, cada grano de alimentos, cada pieza de fruta o cada pizca de sal, no le resultó complicado hacerle una cena casi digna de marqueses. Y lo agradeció, pues no había ingerido alimento alguno desde el mediodía.

—Estás más delgado —le sugirió su madre mientras miraba cómo cenaba.

—Yo creo que no. Puede que un kilo menos —contestó entre muerdo y muerdo con la boca medio llena.

—¿Qué tal coméis?

—Pues bastante bien. Sin exquisiteces, pero bien. Los cocineros les sacan rendimiento a los ingredientes. Y de cantidad también bien. Aunque no se tira nada…

—Tirar comida es un sacrilegio —señaló la madre—. ¡Con el hambre que hay en el mundo!

—No sois demasiada gente, y la cocina se maneja mejor. Aquellos tiempos de cuarteles con dos y tres mil soldados eran mucho peores —añadió su padre—. Cuando tú, la cosa ya estaba bastante mejor…

Este tema era muy recurrente en las conversaciones de su padre, porque hay cosas que quedan grabadas en la memoria como una serigrafía impertérrita al paso del tiempo, y su generación había pasado por aquella experiencia imborrable.

Estuvo con ellos hasta que se fueron a la cama. Luego salió a ver si encontraba a sus amigos en los lugares de siempre. A su hermana Luz no la había visto y era probable que esa noche no la viera.

***

Nada había cambiado durante aquellos meses en La Cueva de Alí Babá o el bar de Nando. Uno, el nombre oficial. El otro, el nombre oficioso con el que todo el mundo lo conocía. Su distribución y la orientación de la barra permitían que cuando alguien entraba no fuera el

objetivo de las miradas. Aquello le obsequió con la oportunidad de entrar de manera semidiscreta y poder saludar efusivamente el camarero: a su amigo Nando. Posteriormente ya, uno por uno los saludó a todos hasta llegar a Marta, que era la última de la fila y no se había movido de su taburete al final de la barra. Para ella fue el saludo más largo y especial.

—¿Qué tal estás? —Se dieron dos besos.

—Muy bien. Y veo que tú también. ¿Por cuánto tiempo has venido?

—Solo el fin de semana. No tengo más días.

—No es mucho —le dijo en tono de queja a Roberto.

—Lo aprovecharemos. Regálame este pendiente —intentó animarla y le sugirió mirándola a los ojos y acariciándole el lóbulo de la oreja.

Su amigo Antonio se acercó, le pasó el brazo por encima del hombro y le preguntó por su trabajo. «Bien. Entretenido». No pudo ser más explícito. Intentar explicar más cosas hubiera sido perder el tiempo. Aquí y ahora no quería hablar de ello. El grupo de amigos tomó varias copas, juntos, en el marco de tiempo de tres horas largas hasta que, poco a poco, se fueron dispersando o perdiéndose por la senda.

Ya entrada la madrugada, una pareja salía como podía por la puerta de un pub. Iban abrazados, apoyándose la una en el otro. Caminaron por la calle haciendo eses. Se pararon en una esquina. Ella sobre la pared; él apoyado en ella. Se besaron desenfrenadamente durante un buen rato.

—Vamos a mi piso —le propone Marta con voz entrecortada.

—De acuerdo. Te voy a comer entera. Solo voy a dejar de ti los huesos —amenaza Roberto.

Una vez en el destino, ella le dice mientras se quita los pantalones:

—En el cajón de arriba hay papel y maría. Hazte un chiri.

Como pudo, Roberto llegó al cajón de la cómoda y cogió lo que le había dicho. La olió.

—¡Esta hierba es muy buena!

—Ya verás cuando la pruebes —le advierte, segura de lo que dice.

Marta era una persona rara. Orgullosa, posesiva, dominante, inteligente, perspicaz, encantadora… La relación entre ambos nunca había sido ni sería oficial. Siempre oficiosa, siempre informal, porque ninguno, menos él, había querido dar un paso medio metro más lejos. Sabían con certeza que sus futuros no estaban juntos. Se conocían desde hacía mucho tiempo, y se conocían muy bien. La primera vez que hicieron el amor no se le olvidaría a ninguno de los dos, pues ya alcanzó una intensidad y un clímax notables. En la cama se compenetraban estupendamente, y cada vez que habían tenido ocasión lo habían repetido y perfeccionado. Ocasiones que unas veces fueron fortuitas y otras provocadas.

—Déjame encenderlo a mí —casi le ruega Marta.

—Toma. Yo fumaré un dedo de tu pie —accede él a cumplir su deseo.

Ella fumaba mientras él subía lamiéndola y besándola peligrosamente por la pierna. Finalmente llegó al objetivo marcado cuando aún estaban en la calle. Desde allí, entre sus muslos la panorámica era fabulosa. Más allá de su corto y ralo vello púbico podía verla incorporada sobre sus codos. Su vientre plano deja paso a unos pechos erguidos, desafiantes a la fuerza de la gravedad; exuberantes y llenos de la vida que otorga la juventud. Sus pezones duros coronan ambas cumbres, fruto de lo que estaba ocurriendo más abajo y de las caricias de unas manos juguetonas.

Marta es muy guapa. Su alargada y fina cara, con apenas maquillaje, no refleja los estragos de la noche. Su tez es suave y lisa. No han quedado en ella marcas de acné ni de la varicela. Lo mira. Sus ojos azules bajo el flequillo que tapa su frente lo miran con franqueza y sinceridad. Son los ojos más bonitos que Roberto ha visto en una mujer. La media melena lisa y negra azabache le cae por bajo de los hombros, enmarcando la dulzura de su rostro. Entre leves gemidos pudo decirle que el porro se acababa. Deja de lamer, de mordisquear, de besar, y fuma.

—Se te echa de menos aquí —le confiesa Marta.

—Yo también os echo de menos, pero no inventé las reglas del juego y me niego a aceptarlas.

—Ni siquiera te molestaste en buscar trabajo en la ciudad —le recuerda.

—Sabes de sobra que no lo hubiera encontrado.

—Eso no lo sabemos a ciencia cierta. Esa frase tampoco te pega. ¿Has encontrado lo que buscabas allí?

—Creo que sí. —Hubo unos segundos de silencio. Apura el porro.

—Nos has perdido. Hoy estás aquí pero ya no es lo mismo. Pura comedia. Puede que la próxima vez no encuentres otra tonta que te lleve a su cama. —Es una advertencia llena de razón y de pena—. Aprovechemos la ocasión. Acaba de desnudarte. —Y la aprovecharon hasta que el nuevo día abría sus puertas invitando a cada cual a ocupar su lugar.

***

La luz golpeó sus ojos. No dormir y estar en la calle cuando amanece sienta fatal. El cambio suele ser siempre drástico y significativo. El alcohol que llevas dentro castiga tu organismo como diciéndote que a él también le parece mal que la noche acabe tan pronto. El líquido embaucador se rebela, se revoluciona y pone a tu organismo en jaque cuando ya pensabas que sus efectos estarían casi pasados.

Roberto encendió un cigarro y se echó a andar. Dar un paseo antes de ir a dormir le sentaría bien, y tomar un café con leche también. Pensó en Marta. Seguramente se habría quedado dormida antes de que él pisara la calle.

En este efímero instante de tiempo se junta en el pavimento el ya agotado mundo de los que han elegido la oscuridad de la noche para vivir y el de los que madrugan para buscar la ayuda de Dios. Como

inseparables compañeros de viaje, la basura en las calles de los locales de moda argumenta y corrobora las caras desencajadas y cuerpos tullidos bajo ropajes desaliñados, y muchas veces sucios, de quienes en la oscuridad de la noche buscaron ver las cosas de otro color o, simplemente no verlas. Huele. Los cuerpos en vano han intentado no llevarse consigo las esencias del momento mágico.

Un autobús lleno de mundos diferentes parte hacia su destino. Lo ve partir. Piensa que es una de esas noches que quedan en el recuerdo, y realmente solo esas son las que merecen la pena, hasta el punto de que no quieres que se acaben nunca. Y en ese preciso momento te metes en la cafetería de tu edificio porque no quieres caer en la cama oyendo el eco de tu voz. Pero tampoco se encuentra allí la solución y tristemente descubres que el fondo de una taza de café te da la orden y el último aviso: «Aquí no queda nada por hacer». Un último cigarro para tirar la colilla al salir del ascensor.

Sus padres todavía dormían. Abrió la puerta de la habitación de su hermana. Pensó que llevaría mucho rato dormida. La miró desde el umbral. Luz abrió los ojos y sonrió.

—Te estaba esperando —le dice incorporándose en la cama.

Encendió la luz, cerró la puerta y fue a besarla.

—¿Cómo estás, hermanita?

—Muy contenta de verte —lo besa y abraza. Acto seguido Roberto se sienta en la cama.

—Yo también me alegro mucho de verte.

—¿Qué tal la noche? Me han dicho que ibais Marta y tú bien puestos.

—No te creas todo lo que te digan. ¿Cómo te van los estudios?

—-Muy bien. Seguro que apruebo todo en mayo, selectividad, y en septiembre la universidad.

—¿Has pensado qué hacer?

—Supongo que lo mismo que tú: Trabajo Social.

—A mamá no le va a gustar.

—Pero quien la va a hacer soy yo, ¿no? Es a mí a quien me tiene que gustar.

—Sí. Claro. Estudiar a disgusto es muy jodido, pero piensa que luego no tiene las salidas que creemos. Y no es una carrera que sirva para un roto y un descosido.

—Bueno. Ya veremos qué se puede encontrar. Mamá desde que te has ido no ha dejado de refunfuñar —cambia de tema.

—Me dan pena. Siempre con la misma historia. Nunca han sabido entenderme.

—En cierto modo es normal. Nosotros a ellos tampoco los entendemos.

—Procura hacerlo, consejo de hermano mayor.

—Lo intento —replica ella a la defensiva.

—Ya solo les quedas tú. Vamos volando del nido. No les decepciones.

—Dicen que Paco ya no es suyo y que a ti te están perdiendo.

—Y tienen razón. Paco ya tiene una familia de quien ocuparse y a quien cuidar. Yo ya no tengo aquí mi sitio. Si lo tuviera, probablemente no hubiera venido a dormir. El tiempo se va muy deprisa, y o se está atento o los acontecimientos te pueden sobrepasar y dejar fuera de lugar.

—Hablas como papá —lo reprendió cariñosamente.

—No en vano soy su hijo —dijo secamente—. Es tarde. A dormir.

—Espera un poco —se incorporó aún más en la cama. El camisón que llevaba puesto dejaba entrever que aquella niña era ya toda una mujer. Apartó el pelo de su cara. Lo abrazó con fuerza—. Te echo de menos, Roberto.

—Y yo a ti. Irse de casa a trabajar es lo que tiene. Al principio es duro para todos, pero ahora estoy aquí. No pienses en eso.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a Paco? —Pues a cambiar de tema.

—Dos años. ¿Por qué?

—Me dijiste que entre vosotros estaba todo arreglado, que no había rencor. Va a venir en julio. ¿Por qué no intentas verlo?

—No lo sé. Todavía queda mucho tiempo.

—Algún día me tendrás que contar con detalle lo que ocurrió. De todos modos, ella era muy libre de elegir.

—Ella fue lo de menos. Tienes que preguntarle los detalles a tu hermano.

—Con él tengo menos confianza que contigo. No se abre y no te la da.

—Pues eso mismo. Ya sabes de qué va él. Olvídalo todo. Buenas noches.

—No te vuelvas a ir —lo volvió a abrazar. Sus brazos lo sujetaron con fuerza aún—. Busca un trabajo aquí. Yo te ayudaré.

—Ya hablaremos por la tarde —dijo secamente para cortar una conversación en la que no quería entrar.

Ya en su habitación, se metió en la cama. En la de siempre. Notó algo raro: no olía a tabaco. No olía a ser humano, ni a vida. Olía a limpio, a vacía, a soledad…, a olvido.

***

A las dos y media de la tarde los despertó la voz de su madre avisando que era hora de comer. Sin prisa, con toda la parsimonia del mundo dieron cuenta de la comida entre una conversación distendida que giró en torno a la nueva vida de Roberto y a su trabajo. Cuando terminaron de recoger, los dos hermanos se fueron a tomar café. Tuvieron mucho tiempo para hablar hasta que llegaron los amigos de él. Charlaron sobre muchas cosas: los estudios de Luz, otra vez el trabajo de Roberto, de la vida, de las decisiones que hay que tomar, de las disyuntivas… Le reveló una experiencia de Renacer.

—Sucedió hace dos meses o un poco más. No puedo precisar. Allí el tiempo no cuenta demasiado. Se vive sin tener prisas. Cuando te encuentras a gusto en un lugar y haciendo algo que te va bien, el tiempo no importa, y casi no sabes ni el día en el que vives.

»Iba a pintar un cuadro y como casi no tengo ni idea me iba a ayudar un interno que se llama Javier. Treinta y tantos años. Tiene sida en una fase muy avanzada y me contó cómo quería que fuera su muerte. Y

es que Javier había tenido un sueño muy curioso. Te cuento. Estaba en el portal de su casa, en su pueblo natal, recordando cómo había sido su vida. En su sueño, su vida había consistido en una misión en la Tierra. Él no cree en Dios, pero cree en la Verdad, en los Hombres y en el Amor entre los Pueblos. Su misión consistía en predicar el Bien y hacer que las personas se amasen. Era un gran predicador, como Jesucristo, y había conseguido convencer al Mundo para que reinase el Amor y la Paz. Él sabía que su vida acabaría cuando realizase su misión, y no por ello puso menos empeño. Acabó su largo peregrinar. Descansó durante unos días, y sin más, murió.

Tras unos segundos de silencio para darle dramatismo, prosiguió:

—Su vida real, decía, no había tenido nada que ver con su sueño. Siempre había pasado de todo, hasta que un buen día había necesitado ayuda. La pidió y se la concedieron. Ese lo hizo cambiar. Se prometió que ayudaría a quien lo necesitase. Pero lo más emotivo fue lo último que dijo: «Ahora que veo próximo el fin de mi vida, me doy cuenta de la irrealidad y de la pasión absurda con la que se actúa muchas veces». Y reiteraba que como seres humanos defendíamos cosas absurdas, sin sentido, valorando demasiado lo material, hasta el punto de no darse cuenta uno de lo lejos que está de sí mismo y de la no existencia a la que se suele llegar. ¿Entiendes lo qué quiero decirte?

Le hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Los habitantes de Renacer se dan cuenta de muchas cosas que nosotros no somos capaces ni siquiera de intuir. Tienen una sensibilidad especial. Han pasado por momentos muy difíciles que ahora les sirven para comprender la vida y saber disfrutar y valorar debidamente los ratos buenos. No hay nada como perder algo para después saberlo valorar. Y Javier acabó diciendo que cuando muriera, así sin más, ojalá reinara en el Mundo el Amor, la Tolerancia, la Comprensión y el Respeto. Emotivo, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! —corrobora Luz.

Los amigos de Roberto fueron llegando e interrumpieron la confidencialidad de la conversación entre hermanos, y ella se fue a la cita que

tenía con su novio. Ellos se quedaron charlando largo y tendido toda la tarde.

La edad de Roberto era una edad muy difícil. Bien, ¿qué edad no lo es? Pero esta era de las llamadas de transición de un estado a otro. De las que necesitas un tiempo para adaptarte. Ya hacía ese tiempo que se agobiaba con sus amigos. Comenzaban a tener gustos y pretensiones diferentes. Suponía que de él también se agobiarían. Seguramente todos de todos. Comenzaron a caer en una falta de principios y en un pasotismo alarmante. Las diferencias entre ellos ya no se discutían amigablemente. Ya no se hacía borrón y cuenta nueva. Ni se afrontaban los problemas cara a cara con sinceridad. Lo peor de todo es que nunca supo qué hacer para remediar aquello. ¿Cómo evitarlo o solucionarlo? Se sentía impotente y empezó a pensar que tendría que formar parte implícita de las personas, y que nadie podría hacer nada por cambiarlo pues no había nada que se pudiera hacer. La distancia entre las personas adultas comenzó a verla de forma natural: la competitividad en determinados casos, el miedo hacia tu especie, el recelo, la desconfianza, y otra serie de cosas difícilmente explicables. Ahora pensaba de forma distinta o, dicho de otro modo, había afianzado lo que siempre había pensado.

A la amistad del grupo de amigos le faltaba poco para diluirse del todo. Poco a poco, sin darse cuenta, habían llegado a ese punto. Aquella reunión era algo circunstancial y, por momentos, tensa. Ahora él estaba allí y esa era la razón. Cuando se fuera ya no habría motivos para reuniones y no se realizarían.

Otro agravante era el hecho de que cada uno debía comenzar su vida con su trabajo correspondiente, o crear entre todos una ocupación común. Esto resultó ser una quimera que Roberto se cansó de predicar y de la que no se sacaron más que charlas inútiles. Únicamente él había creído de verdad en esta posibilidad: la de un futuro, juntos. No era suficiente. Debo añadir, además, que solo él creía en sí mismo como para creer en sus ideas. Pero recelar es humano y entre ellos no se veían como compañeros de viaje.

Las respectivas ausencias para cumplir los servicios militares, aunque habían sido ausencias transitorias, intervalos de tiempo concretos y definidos, siempre con la meta de su finalización a la vista, habían hecho su daño. Algunas de esas obligaciones con los uniformes de color verde oliva habían coincidido en el tiempo, y el intercambio de comentarios y anécdotas sobre las experiencias semejantes ocupó muchos ratos de conversaciones. Y más agravantes: alguno ya tenía novia formal, y otros casi prometida, a quien había que dedicar su debido tiempo y cuidados. Planes de boda en el horizonte y vida en común que se comenzaban a fraguar. Todo eran inconvenientes para conservar la amistad. Roberto comenzó a sentirse solo. Debía acostumbrarse. Solamente el bueno de Matías supo estar a la altura de las circunstancias según el punto de vista de él.

Como ha dicho el propio Roberto antes, comenzaba a sentirse solo, aunque era quien menos solo estaba. Las relaciones entre sus amigos pasaban por él en gran medida. Era el centro y el eje de aquellas amistades. El único que realmente se hablaba con franqueza con todos. Cuando él se volviera a ir, aquello se iría disolviendo como el azúcar en el café.

Con Matías, su gran amigo de la infancia, la cosa era diferente. Conservaban intacta su amistad. Quizás más arraigada que nunca. Entre ellos había mucha química, porque aun siendo dos almas antagónicas, era tal la franqueza de su relación que había producido unos lazos casi a prueba del tiempo y la distancia. Y porque sus correrías y vivencias no habían sido todas de color de rosa ni de final feliz. Y parece que no, pero los malos ratos unen más que los buenos.

Matías había comprado un piso donde vivía él solo, previa firma de su correspondiente hipoteca, pues no era poco tener un par de quilos ahorrados para la entrada. Lo hacía porque le gustaba la libertad total de la que podía disfrutar, y porque se lo podía permitir. Era una persona ahorradora que hacía tiempo que trabajaba. «Tolerancia y respeto a la hora de convivir y compartir tu vida con alguien.» Eran palabras